



Childhood & Philosophy

E-ISSN: 1984-5987

childhood@filoeduc.org

Universidade do Estado do Rio de
Janeiro
Brasil

Marín-Díaz, Dora Lilia

“INCENDIOS” O DE LA EXPERIENCIA PRIMARIA DE EXISTIR

Childhood & Philosophy, vol. 12, núm. 23, enero-abril, 2016, pp. 9-25

Universidade do Estado do Rio de Janeiro

Maracanã, Brasil

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=512055735002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

“INCENDIOS” O DE LA EXPERIENCIA PRIMARIA DE EXISTIR

Dora Lilia Marín-Díaz¹

Universidad Pedagógica Nacional, Colombia

Resumen

Dos nacimientos, cinco silencios. En la obra *Incendios* la infancia es la experiencia del ser marcada por la profunda relación espacial que significa transitar, vivir y habitar un espacio, aquella experimentada en el “ahogo al nacer cuando falta el aire, precisamente porque se accede de improviso a él” (SANFRANSKI, 2014, p. 15). A partir de dos figuras de infancia que ofrece *Incendios* – el nacimiento y el silencio – el artículo presenta un ejercicio de reflexión sobre lo que significar construir, recorrer y habitar un mundo marcado por experiencias infantiles. En este análisis se usa el lente arqueogenealógico propuesto por el filósofo alemán Peter Sloterdijk, derivado del pensamiento de Heidegger y Foucault, para leer la infancia como la experiencia primaria del existir, como el espacio de tránsito y habitación en el cual se configura y se construye lo humano: desde el ingreso al mundo, desde los primeros instantes de su construcción, en el tránsito entre la esfera primaria de vida – la “clausura madre” – y la esfera animada y vivida – el “receptáculo”, (SLOTERDIJK, 2014) – ocurre la experiencia infantil y, con ella, la compleja producción-relación-tránsito entre mundos habitados, aquella que define la intensidad, la admiración, el desconcierto, la simpatía y la angustia... de vivir.

Palabras clave: espacio; habitar; mundo; esferas; infancia

“Incendies” or the primary existing experience

Abstract

Two births, five silences. In the film *Incendies*, childhood is represented as the experience of being marked by the profound and special relationship between traveling and inhabiting a space that is analogous to the suffocation of the birth experience—as that shortness of breath that results from suddenly having access to it. From the two figures of childhood that *Incendie* explores—birth and silence—this paper explores what it means to construct and inhabit a world through the archeological lens proposed by the German philosopher Peter Sloterdijk, which derived in turn from the thought of Heidegger and Foucault. Here, childhood is read as the primary experience of existence, as a transitional space in which the human is built and configured. We enter to the world in transit between the primary sphere of life—the “closing mother”—and the lively and vivid sphere, identified by Sloterdijk as the “receptacle.” The experience of childhood is, then, a complex process of transition between inhabited worlds, exemplifying the intensity, sympathy, admiration, bewilderment and anguish of living.

Key words: transitional space; lived world; existential spheres; childhood

¹ E-mail: dlmairind@pedagogica.edu.co

“Incêndios” ou da experiência primária da existência

Resumo

Dois nascimentos, cinco silêncios. No trabalho *Incêndios* a infância é a experiência do ser marcada pela profunda relação espacial que significa transitar, viver e habitar um espaço, aquela experimentada no “afogamento ao nascer quando falta o ar, precisamente porque se acesa de imprevisto a ele” (SANFRANSKI, 2014, p. 15). A partir de duas figuras de infância que oferece *Incêndios* – o nascimento e o silêncio – o artigo apresenta um exercício de reflexão sobre aquilo que significar construir, percorrer e habitar um mundo marcado por experiências infantis. Nesta análise usa-se a lente arqueológica e genealógica proposta pelo filósofo alemão Peter Sloterdijk, derivado do pensamento de Heidegger e Foucault, para ler a infância como a experiência primária do existir, como o espaço de trânsito e habitação no qual se configura e se constrói o humano: desde o ingresso ao mundo, desde os primeiros instantes de sua construção, no trânsito entre a esfera primária de vida – a “clausura mãe” – e a esfera animada e vivida – o “receptáculo”, (SLOTERDIJK, 2014) – ocorre a experiência infantil e, com ela, a complexa produção-relação-trânsito entre mundos habitados, aquela que define a intensidade, a admiração, o desconcerto, a simpatia e a angustia... de viver.

Palavras-chave: espaço; habitar; mundo; esferas; infância

“INCENDIOS” O DE LA EXPERIENCIA PRIMARIA DE EXISTIR

*Mis amores ¿Dónde comienza su historia?
¿en su nacimiento?
Entonces ella comienza en el horror.
¿En el nacimiento de su padre?
Entonces ella comienza en una gran historia de amor.
Nawal Marwan, Carta final para Simon e Jeanne*

Entre nacimientos marcados por la venganza, el dolor y la separación: el de *Nihad de Mayo* y el de *Jeanne y Simon Marwan*; y silencios asociados a la imposibilidad de la palabra: los de la mujer que canta, *Nawal Marwan*, los de sus hijos – los gemelos y *Nihad de Mayo* – y el de su torturador – *Abu Tarek* –, las imágenes de *Incendies* proponen dos figuras de infancia que remiten a la experiencia primaria de existir: la infancia-nacimiento y la infancia-silencio. La primera es la imagen del tránsito entre dos esferas² y, por lo tanto, la relación medial que define la construcción y la habitación del mundo. Una relación que pervive en los modos de estar, en la intensidad, en la admiración y el desconcierto, en la simpatía y la angustia que significa vivir y habitar un mundo. La segunda, es la de aquel que no habla, aquel que tiene dificultades para decir, para expresarse en los términos convencionales y que, como dice Gagnebin (1997), no tiene el medio de expresión propio de su especie.³ Una ausencia de palabra, que es desconocimiento de la lengua, un aún no saber los códigos, pero también la imposibilidad de articular pensamiento y palabra ante la inminencia de la tragedia: el gagueo del instante de vacío, de dolor, de rabia, de impotencia.

² En su propuesta filosófica de la coexistencia en el espacio común que teje finos hilos entre la intimidad y las macroesferas sociales, Peter Sloterdijk define la esfera como “la redondez con espesor interior, abierta y repartida, que habitan los seres humanos en la medida en que consiguen convertirse en tales. Como habitar significa siempre ya formar esferas, tanto en lo pequeño como en lo grande, los seres humanos son los seres que erigen mundos redondos y cuya mirada se mueve dentro de horizontes. Vivir en esferas significa generar la dimensión que pueda contener seres humanos. Esferas son creaciones espaciales, sistémico-inmunológicamente efectivas, para seres estáticos en los que opera el exterior” (2014, p. 37).

³ Es una figura de infancia que remite a la procedencia etimológica de la palabra *in-fancia*: del verbo en latín *faire*, en participio presente *fans*. Una ampliación del tema en Pagni (2006).

Dos nacimientos: el drama del tránsito

Un nacimiento que ocurre en la oscuridad de una noche de mayo de 1970 en el Líbano, signado por el asesinato del padre del niño, *Wahab* – un refugiado Palestino –, por la vergüenza y el dolor, tanto del luto y del parto, como de la separación de la madre de su hijo *Nihad*. El drama de este tránsito, de la construcción de mundo de niño y madre, es rubricado por las condiciones de un nacimiento que se simbolizan en los tres puntos negros inscritos por la abuela en el talón derecho del niño (vergüenza, dolor y separación). Se trata de una señal de la experiencia primaria de existir que define los encuentros futuros de madre e hijo y los mundos que construirán y habitarán cada uno de ellos.

En la cárcel de *Kfar Ryat*, dónde *Nawal* pasa 15 años de su vida por asesinar al líder de la Liga Cristiana, ocurre el primer encuentro. En ese periodo ella es torturada y violada reiteradas veces por *Abu Tarek* y queda embarazada por segunda vez. El segundo encuentro ocurre en una piscina, en Canadá, en 2009, cuando *Nawal*, junto a su hija *Jeanne*, nada en una piscina y al acercarse a la orilla, ve el talón derecho de un joven, tatuado con tres puntos negros; en él reconoce tanto al hijo buscado y la posibilidad de cumplir la promesa de encontrarlo, como al torturador, al violador que es el padre de sus otros dos hijos.

Dos encuentros que evidencian en tres señales las huellas dejadas por la experiencia de tránsito entre la esfera primaria de vida – la “clausura madre”, la vida uterina – y la esfera animada y vivida – el “receptáculo”, el mundo que se construye en el ingreso y habitación del mismo (SLOTERDIJK, 2014). Se trata de una experiencia infantil definida por la compleja producción-relación-tránsito entre las esferas habitadas. Una relación medial que deja huella, ecos y resonancias y que es definitiva cuando comenzamos a establecernos y a estabilizar un modo de ser humanos, un modo de estar consigo mismo y con los otros.

La experiencia primaria de existir, aquella que intentamos atrapar desde diferentes saberes y disciplinas cuando hablamos, reflexionamos y escribimos sobre ese objeto-experiencia que hemos nombrado infancia, es la experiencia de sucesos extraños, de “situaciones mediales tempranas” que al decir de Sloterdijk (2014), dejan huella y perviven en diferentes estados de intensidad, de entrega, de

sentimiento y resentimiento; constituidos en la coexistencia y el contacto con otros. Es la experiencia que precede, acompaña y actualiza la propia existencia. En esta relación, en el tránsito de una esfera a otra, se configura lo humano en cada uno, pues así como no nace un ser humano completo, tampoco hay un mundo completo que precede al ser en formación: nacen formas altamente permeables en espacios de alta permeabilidad y en ellos se configuran mundos⁴ e individuos que no son totalmente independientes y tampoco están totalmente terminados. En esos encuentros son construidos los espacios de vida en los que ocurren “las conformaciones tanto individuales como histórico-colectivas de esferas en círculos ampliados, en relaciones de pareja, familias, amistades, asociaciones, partidos, estados, iglesias, reinos, naciones” (SLOTERDIJK, 2014, p. 16) que hacen evidente la inevitable necesidad de los otros: de la vida juntos para hacernos humanos.

Otro nacimiento que ocurre también en el Líbano, a finales de los años noventa, significa una nueva apertura al mundo, signada también por el dolor, por la tortura, por la oscuridad de una celda y por una nueva separación de la madre, esta vez de sus hijos *Jeanne* y *Simon*. El drama de este tránsito, es el de la construcción de dos mundos nuevos y la actualización del mundo materno. Nuevamente, estigmas de violencia, indiferencia y dolor condicionan y acompañan la estructuración de dos vidas y dejan huellas en su existencia. Los mundos que construyen y habitan los gemelos se reconocen como marcados por la inminencia de una tragedia: la ruptura de la Ley Universal que prohíbe el Incesto.⁵

La experiencia infantil emerge nuevamente como la apertura al mundo en la coexistencia de las esferas habitadas y comunicadas tanto por la madre como por los gemelos. Se trata de una experiencia de encuentro que ocurre desde los primeros años y que actualiza las esferas de vida íntimas (particulares) y las esferas sociales: no hay un ser humano entero y definido que viene al mundo

⁴ Lo que se denomina aquí como mundo sigue el concepto de Heidegger, en el que “desembocan dos momentos que proceden inequívocamente de fuentes especulativas: por un lado, el infinitismo moderno, para el que el mundo sólo puede considerarse tal si encierra una referencia al infinito (aquí transformado en la figura de lo abierto), y por otro, un resto teológico que dice que el hombre sólo es hombre en la medida en que actúa ‘constituyendo el mundo’ y se hace rodear del mundo, como si se le hubiera encargado repetir, de forma poética y técnica, los seis días del Génesis en un segundo ciclo” (SLOTERDIJK, 2011, p. 107).

⁵ Sobre la Ley universal de la prohibición del incesto, ver Freud (1991).

entero y definido, sino individuaciones, no unidades psicológicas ni conciencias personales sino devenires, procesos de subjetivación. Existencias que “en sus realidades preindividuales, transindividuales o interindividuales” definen sus singularidades (RODRÍGUEZ, 2009, p. 17). En palabras de Simondon (2009), se trata de seres de acción definidos en sus modos de existencia bajo un principio de permanente individuación. Seres configuradores de mundo que se amplía en sus singularidades. Así,

El individuo, es aquel que conserva con él su sistema de individuación, amplificando singularidades. [...] por sus condiciones energéticas de existencia, no está solamente en el interior de sus propios límites; también se constituye en el límite de sí mismo y existe en el límite de sí mismo; sale de una singularidad. La relación, para el individuo, posee valor de ser; no se puede distinguir lo intrínseco de lo extrínseco; lo que es. esencial y verdaderamente el individuo es la relación activa, el intercambio entre lo intrínseco y lo extrínseco con relación a lo que es primero.; [...] lo que verdaderamente es el individuo es esta relación, no lo intrínseco que sólo es uno de los términos concomitantes: lo intrínseco, la interioridad del individuo no existiría sin la permanente operación relacional que es individuación permanente (SIMONDON, 2009, p. 83).

En ese sentido, es posible pensar la experiencia del nacimiento como la experiencia de apertura al mundo⁶ en la que son determinados y se determinan mundos permeables, mundos comunicados en la forma como son producidos, como son vividos, como son habitados. Lo que en otros términos significa entender que

[...] bajo el concepto psicoanalítico de la diada temprana madre-hijo o bajo las figuras poético-existenciales de los amantes inseparables, los gemelos, la gran pareja, los dos juramentados. En todos los modelos aparecen *liaisons* en las que las animaciones recíprocas se generan por resonancia radical; en cada una de ellas se muestra que a la subjetividad real pertenecen dos o más. Cuando tales dos se abren exclusivamente uno a otro en una repartición íntima del espacio, se forma en cada uno de ellos un modo vívido de espesor subjetivo, que no es en principio otra cosa que participación en resonancias esféricas. (SLOTERDIJK, 2014, p. 58)

Las escenas de estos nacimientos testimonian y expresan las marcas que signan la vida humana en el movimiento de una esfera más pequeña hacia otra de mayor magnitud, recorrido marcado por conflictos y crisis que ponen a prueba la capacidad humana para solucionar y ajustar ese paso a favor de la propia vida

⁶ En esta idea de apertura al mundo está en juego el concepto de “abierto” entendido como “el Ser en el mundo”. Para una ampliación de este concepto véase: Agamben (2007).

humana, la vida juntos. Tal vez la imagen de Sanfranski del “ahogo al nacer cuando falta el aire precisamente porque se accede de improviso a él” (2014, p. 15), sea la mejor expresión de esa condición de lo humano y de la nueva relación espacial que se juega en el nacimiento, en la producción/encuentro de dos esferas: en la experiencia infantil.

El humano como ser espacial, es también un ser compartidor de espacio, un ser cuya existencia está definida por la coexistencia con otros humanos. Se trata de una vida en común que configura las esferas más íntimas y las esferas colectivas: “La climatización simbólica del espacio común es la producción originaria de cualquier sociedad. De hecho, los seres humanos hacen su propio clima, pero no lo hacen espontáneamente, sino bajo circunstancias encontradas, dadas y transmitidas” (SLOTTERDIJK, 2014, p. 52).

El nacimiento es entonces la apertura de mundos: uno en construcción y otros, los adultos en reconstrucción y tensión permanente. Se trata de la ruptura de la primera esfera y la separación de la primera condición infantil, en tanto se deja de vivir bajo la sombra de otro identificado y se construye una esfera exterior, una esfera social que también es psicológica porque posibilita la configuración de la propia interioridad. El nacimiento como aparición de lo externo, de lo extraño que irrumpe y define el proceso que puede permitir la consolidación de un mundo habitable y por lo mismo en la posibilidad de hacerse adulto:

[...] Lo que llamamos hacerse adulto son esas mudanzas, que exigen tanta fuerza, de las subjetividades pequeñas a formas de mundo más grandes; [...] Para el niño que fuimos puede que, durante un tiempo, sea la gran familia todavía su espacio de relación ampliado; tan pronto como se traspasa el horizonte familiar, las formas sociales más desarrolladas hacen valer sus derechos a troquelar y animar al individuo. (SLOTTERDIJK, 2014, p. 60)

En esta perspectiva, a cada formación social específica le pertenecen mundos, casas del Ser que comparten una comunidad de sentido, unos marcos semióticos que los comunican, los reúnen, los definen y los limitan. La esfera primaria de la clausura madre ofrece un mundo que obliga la salida hacia otro mundo exterior y es en el encuentro de ese otro mundo, en el entre-mundos que se

produce con la llegada del nuevo, donde se causan los argumentos para un estar-ahí, un estar-con-otros, que no siempre es un estar-juntos.

Tal vez sea en la diferencia entre el estar-con-otros y el estar-juntos, que se juega la diferencia de la experiencia infantil de *Nihad de Mayo* y de *Jeanne y Simon* y la conformación de los mundos adultos de *Abu Tarek* – torturador – y de los hijos y hermanos *Marwan*. Así, parece que

Toda vida pasa en su comienzo por una fase en la que un suave delirio arregla entre dos el mundo. Éxtasis solícitos entretejen entre sí madres e hijos en una campana de amor cuyos ecos son y siguen siendo bajo cualquier circunstancia condiciones de una vida felizmente lograda. Pero pronto los dos únicos son remitidos a un tercero, un cuarto, un quinto; con la salida de la vida aislante fuera de la cobertura inicial aparecen los polos suplementarios y proporciones espaciales mayores que definen el contorno de las relaciones, preocupaciones, intereses adolescentes y adultos. En las esferas agrandadas actúan fuerzas que desgarran interiormente al individuo, en una especie de delirio, en millones. (SLOTTERDIJK, 2014, p. 65)

La pregunta por quién y cómo se acompaña a los nuevos en su camino hacia fuera, hacia las cosas y hacia los fragmentos de mundo que organizan su Ser, es la pregunta por la forma como compartimos espacios, por la coexistencia incluso sin sabernos nuevos o esperar la llegada del nuevo. Es el retorno a la pregunta por el espacio que cohabitamos, por el espacio de coexistencia físico, no psicológico. Es la pregunta olvidada y relegada en la modernidad sobre el *¿dónde?* que fue sustituida por el *¿quién?*, aquella que enfocó la mirada en la interioridad del sujeto moderno y fijó la actividad humana en la construcción de mundos interiores e identidades *narcisas*; la misma que nos alejó de la necesidad de una pregunta fundamental por el espacio compartido, habitable y vivible con otros: un mundo solidario (no solitario), un mundo de transferencia motivado por la fuerte necesidad de estar juntos.

“Nada es mas bonito que estar juntos” es la sentencia con la que Nawal cierra las cartas que como madre (y prisionera No. 72) deja para sus hijos. Esas palabras, describen la centralidad de la experiencia infantil en la cual el receptáculo, la esfera animada y vivida en la cual somos acogidos y acogemos a los otros define la experiencia primaria de existir: un espacio en el que surge y se actualiza el individuo y la cultura, el espacio que se produce donde quiera que

haya seres humanos juntos. La experiencia de los primeros años de vida es el drama del tránsito entre la primera esfera en la que estamos inmersos y las otras posibles esferas que encontramos, producimos y habitamos con otros. Cómo nos hacemos capaces de mundo fuera del seno materno es determinado por la manera como habitamos ese seno y, sin embargo, es en el encuentro y la habitación del mundo creado, en el contacto con otros mundos que se definen nuestros modos de estar, de vivir.

Los silencios: entre el balbuceo y el gagueo

*Usted aún está vivo, pero en breve usted se callará.
Yo sé eso, porque el silencio antecede a la verdad.*

Firma: La prostituta 72

Silencio uno: el de una madre, *Nawal*, acerca de su vida juvenil como militante política y sobre el nacimiento del primogénito entregado a un orfanato. Un secreto no revelado de un pasado marcado por décadas de la guerra civil entre cristianos y musulmanes, en el Líbano (1975-1990) y que sirve de *leitmotiv* de la historia de una madre y estudiante que tras el cierre violento de la universidad, emprende la búsqueda del hijo que supone víctima de una masacre, practicada por los radicales Cristianos en Deressa.

Silencio dos: el de la *presa N°72* de la cárcel *Kfar Ryat*, de la Mujer que acalló la confesión del asesinato del Jefe de la Liga Cristiana y la delación del Líder de los Refugiados Palestinos (*Wallas Chamseddine*), con un canto que duró quince años.

Silencio tres: el mutismo inexplicable de una madre ante el amor/odio que le significa reconocer en un mismo individuo el hijo buscado y el torturador padecido. Una versión moderna de la tragedia edípica que quiebra la ley de prohibición del incesto.

Silencio cuatro: el gagueo inicial de Simon seguido de preguntas y frases que no guarda relación lógica: “¿1 + 1, son 2? ¿1 + 1 puede dar 1?” para explicar a su hermana la tragedia que marcó la vida de Nawal y el comienzo de sus vidas como “una promesa: la ruptura de un sentimiento de rabia”.

Silencio cinco: La falta de palabras que experimenta *Nihad Harmanni* un hijo –un niño huérfano que buscó su pasado y que “quería ser un mártir para que su madre lo viera en los carteles” – *Abu Tarek* – un joven capturado y formado por los Cristianos radicales que se convierte en un temible torturador – un padre que descubre el signo trágico de su procedencia y del mundo construido, cuando es interpelado por unas cartas que actúan como reveladoras de los fragmentos que configuran su existencia.

En estas cinco escenas emerge la figura de la infancia-silencio como experiencia infantil. Ella remite a la comprensión de un estado de no habla, de lo no expresable en términos discursivos que se asocia a la vida de los primeros años y que reaparece en diferentes momentos, en los segundos posteriores al instante de una revelación, de un *fatum*. Se trata de un gesto que expresa la condición de un pensamiento en elaboración o interrumpido – un aún no listo, no acabado – que no se puede articular en palabras. Es una figura que remite a la potencialidad del pensamiento en elaboración y alude tanto a la experiencia inicial – cuando aún no se ha accedido al lenguaje – como a la experiencia-acontecimiento – cuando los individuos son compelidos a elaborar y reorganizar su pensamiento para hacer comprensible y habitable el mundo experimentado.

En su condición de límite del pensamiento y del lenguaje, como lugar de novedad, de producción y de posibilidad, la figura del silencio remite a la experiencia singular de una vida interrogada por los espacios habitados y los fragmentos de la esfera compartidos con otros. Es una experiencia infantil en tanto ausencia de habla, una experiencia precedida por el develamiento de una tragedia o por el compromiso de una venganza que obliga al restablecimiento del mundo para hacerlo expresable a través del lenguaje. La ausencia de palabras y la necesidad de ellas para apuntalar y hacer habitable la esfera compartida remiten a la condición de los primeros años. Aquella que inicia antes del nacimiento, en la esfera primaria de vida, donde se produce un “algo” vinculado a la dimensión somática del cuerpo, responsable por los afectos y que acompañan al Ser en su exposición, en su contacto con otros cuando se abre al mundo y experimenta un tránsito de una esfera primordial a otras esferas.

En el primer roce, en el tiempo y en el espacio en el que él ocurre, se configura el Ser y su relación con el mundo – allí está él, antes de todo concepto, de toda representación, de toda ley y de todo lenguaje (LYOTARD, 1987). En otras palabras, el Ser se constituye en el tránsito de una esfera a otra que es la experiencia inicial o infantil y es marcado por los primeros afectos y la relación con los mundos de acogida. En esa experiencia afectiva, previa a toda forma de lenguaje expresable lógicamente, se definen las particularidades que acompañan las compresiones, los pensamientos y las elaboraciones estabilizan una existencia y que producen un sujeto capaz de mundo. En esta perspectiva, la situación que marcó la emergencia de los afectos que dejaron sin habla a Nawal, a Simon, a Jeanne y a Nihad puede leerse como una experiencia infantil que marca un instante singular de desencuentro con la palabra y la irrupción de un acontecimiento en el pensamiento, una actualización de sus mundos (LYOTARD, 1987).

Siguiendo esta línea de reflexión es posible entender que la figura de la infancia-silencio se trata menos de un “acontecimiento de la infancia” que de una “infancia del acontecimiento”. La experiencia infantil es una experiencia de ruptura, comienzo, iniciación que deja marcas imborrables: “una navaja enterrada en la garganta, que no se remueve fácilmente” como señala Nawal en una de las primeras escenas de la película. En esa experiencia se puede reconocer que

Lo que hace un acontecimiento del encuentro de una palabra, de un olor, de un lugar, de un libro, de un rostro, no es su novedad comparada con otros “acontecimientos”. Es el tener valor de iniciación en sí mismo. Sólo más tarde se sabe de eso. Abrió una herida en la sensibilidad. Se sabe porque a partir de ahí ella se reabrió, y volverá a abrirse, marcando el compás de una temporalidad secreta, tal vez desapercibida. Esa herida hace entrar en un mundo desconocido, pero sin nunca darlo a conocer. La iniciación no inicia a nada, comienza (LYOTARD, 1987, p. 110).

En el balbucear, en los sonidos desarticulados del habla de los primeros instantes de la vida, en el gagueo del segundo inmediato de una verdad revelada, de una tragedia reconocida como tal, se presentan los flujos del cuerpo, los sentimientos que envuelven el encuentro del Ser con el mundo; los afectos que hacen de una situación particular una experiencia de iniciación y nuevo comienzo

marcado por la “ausencia” de habla, pero no por la ausencia de los afectos y el lenguaje infantil que marcan el cuerpo.

Aunque parezca que la experiencia de los afectos y del ser somático infantil (la *phonê*) se borran frente a la fuerza del lenguaje elaborado, el lenguaje adulto que la precede (la *lexis*); aunque la *phonê*, esa primera y simple forma de la lengua infantil – el *balbuceo* del niño que aún no accede al lenguaje verbal o el gagueo del adulto ante un *fatum* que desestabiliza su mundo – no pueda ser reconocida fácilmente por el lenguaje articulado adulto, ella no deja nunca de interpelarlo: el proceso de apropiación, aprendizaje y rearticulación de la lengua es mediado por esos balbuceos infantiles, por los afectos que se juegan en el encuentro con el mundo, en la apertura a otros mundos y en la conformación y ampliación de los espacios habitados (PAGNI, 2006).

La infancia como experiencia del lenguaje no está totalmente sometida a una “forma de ser” articulada del lenguaje que la precede. La posibilidad de articulación del lenguaje, del habla esta profundamente marcada por la relación entre esferas habitadas y por tanto por los restos de afectos que permanecen y que, con el pasar del tiempo, definen una relación particular y única con el lenguaje en cada individuo: tal diferencia irreconciliable de la experiencia del lenguaje que moviliza el pensamiento y es la posibilidad de la novedad, del comienzo. El lenguaje “no es ni la exteriorización de un organismo, ni la expresión de un ser viviente” (SLOTERDIJK, 2011, p. 117).

La infancia como figura del acontecimiento de la propia experiencia del lenguaje, remite a una acción que va más allá de la adquisición de la *lexis* y del encuentro en los primeros años de vida de una forma-expresión que nos liga a una organización humana. La infancia es la novedad que ocurre en el transcurso de las experiencias de lenguaje durante toda la vida; ella aparece como la posibilidad misma de ruptura con aquello que la antecede y, por eso, es oportunidad para lo nuevo. En esta perspectiva, Agamben (2004) propone una infancia que no es la experiencia que antecede al lenguaje y que tampoco se borra en su encuentro con el lenguaje adulto. La infancia no es la expropiación de la experiencia primera. Ella coexiste con el lenguaje desde su comienzo:

La idea de una infancia como una “substancia psíquica”, pre-subjetiva se revela entonces como un mito similar al del sujeto pre-lingüístico. Infancia y lenguaje parecen así remitirse mutuamente en un círculo donde la infancia es origen del lenguaje y el lenguaje es origen de la infancia. Pero, tal vez sea justamente en ese círculo donde vamos a buscar el lugar de la experiencia en cuanto infancia del hombre. Pues la experiencia, la infancia a la cual nos referimos no puede ser simplemente algo que precede cronológicamente al lenguaje y que, en un momento determinado, deja de existir para volverse en habla, no es un paraíso que abandonamos de una vez por todas para hablar, sino que coexiste originariamente con el lenguaje, e inclusive se constituye ella misma mediante su expropiación efectuada por el lenguaje al producir cada vez el hombre como sujeto (AGAMBEN, 2004, p. 66).

Se trata de una figura infantil marcada por la historia y que produce historia en una forma no lineal y discontinua al constituirse en los actos particulares que ocurren a los sujetos también particulares. Así, la complementariedad entre infancia y lenguaje es con certeza de “casualidad inmanente” – lo que en términos deleuzianos, corresponde a una causalidad que se actualiza en su efecto –, cada una de ellas se afecta y modifica en su relación con la otra de forma permanente.⁷

Entre los nacimientos y los silencios que nos presenta la película *Incendies* de Denis Villeneuve es posible reconocer diversas formas de la experiencia infantil, diferentes fragmentos y vestigios de esas experiencias que marcan las formas de habitar el mundo y los mundos que construimos. En ellas los encuentros afectivos y afectados con esferas más amplias configuran los modos de vida y las formas como cada uno deviene sujeto de una cultura. El acceso a un lenguaje articulado, la construcción de un mundo conectado y determinado en su relación con otros, dibuja una infancia que es acto, potencia y acontecimiento.⁸

⁷ Así, como los trazos biológicos son patrimonio natural transmitido por el código genético, la cultura es un patrimonio hereditario transmitido por medios no genéticos, de los cuales, el más importante es el lenguaje. De hecho, con esa analogía, Agamben señala una diferencia fundamental entre Naturaleza y cultura, diferencia derivada de los medios de transmisión: el código genético y el lenguaje. Con todo, justamente tal diferenciación de los medios de transmisión sirve a ese autor para discutir no la oposición, pero sí la diferencia y complementariedad entre cultura y Naturaleza. Al proponer al lenguaje como el transmisor privilegiado de la herencia cultural, emergen preguntas sobre su pertenencia exclusiva a la esfera cultural, sobre sus fundamentos biológicos y sobre las condiciones y las formas como se efectúan en el lenguaje las complementaciones y actualizaciones de esas dos esferas (AGAMBEN, 2004).

⁸ Para ampliar, puede revisarse los análisis de Lauret sobre las figuras de infancia en el pensamiento de Lyotard y las derivaciones posibles para pensar la educación de los niños. En particular, ese autor revisa la imagen de la infancia como una “deuda paradójica de la cual no es posible liberarse sino dejándola abierta e imprescindible” (LAURENT, 2008, p. 210). La infancia será, así, todo aquello que se deja olvidar: “angustia, marcas originarias, ley” (LAURENT, 2008, p. 210).

Una figura que emerge de encuentros, generalmente, mediados por prácticas de crianza y educación que son constantemente revisados y criticados.

Por este camino, “novedad”, “diferencia”, “acontecimiento” y “porvenir” son trazos comunes a las figuras infantiles que se citan en los análisis propuestos por las reflexiones filosóficas acerca de la educación. Esos rasgos también son usados, desarrollados y articulados en las discusiones sobre las prácticas escolares en diferentes ámbitos y, a partir de ellos, se formulan fuertes críticas a los saberes y a las instituciones educativas, señalándolas como limitadoras de las posibilidades infantiles. En este sentido, tal vez dos observaciones finales, derivadas de la comprensión de las dos figuras infantiles reconocidas en la lectura que se hace de la obra *Incendios* en este texto, puedan aportar algunos elementos para repensar esas críticas:

La primera observación tiene que ver con la figura de la infancia-nacimiento y el reconocimiento de la experiencia infantil como la experiencia de tránsito entre dos mundos. No tanto como la llegada de algo nuevo cerrado, sino como la experiencia de construcción de esa novedad en el encuentro de esferas y la construcción de lo abierto, de formas de habitar y Ser. La llegada de los nuevos no es la llegada de algo ya terminado, es la posibilidad de construcción de mundos y de nuevas relaciones entre esferas dependientes entre sí. Así, parece necesaria una reflexión sobre el límite y los alcances de las críticas que hacemos a la escuela y las prácticas educativas:

¿No es la educación, quizás, en primer lugar, el ordenamiento indispensable de la relación entre las generaciones y, por lo tanto, si de dominio se quiere hablar, no tanto el dominio de los niños, sino más bien de la relación entre generaciones [que parece competencia y responsabilidad de las culturas que los acogen]? (AGAMBEN, 2007, p. 152)

En otras palabras, la educación es una de esas actividades elementales y necesarias gracias a la cual los grupos humanos se actualizan por el nacimiento continuado de nuevos; de individuos que no solo no están hechos por completo, sino que en su condición de mundos en formación (individuaciones) le proponen a quienes los acogen una tensión transformadora en sus modos de habitar, en su estar-ahí. Esta condición no es evidente por sí misma, “y no se observa en las

[otras] formas de vida animal; corresponde a una doble relación por un lado, la relación con el mundo, por el otro la relación con la vida” (ARENDT, 1996, p. 197). Así, en la educación y en el encuentro entre mundos se juegan no solo relaciones intergeneracionales que siempre son actualizaciones culturales sino procesos de humanización fundamentales para supervivencias del animal humano.

La segunda observación se refiere a la figura de la infancia-silencio y la posibilidad de pensar la experiencia infantil como desprendida de un vínculo etario. En este sentido, tal vez la siguiente observación de Lyotard (1987) recoja de forma más clara las posibilidades y los retos que propone pensar la infancia del pensamiento como un asunto educativo, señala el autor que

el pensamiento tal vez tenga más infancia disponible a los treinta y cinco años que a los dieciocho, y más fuera del *cursus* de los estudios que del interior. [Presenta] nueva tarea al pensamiento didáctico: procurar su infancia en cualquier parte, aunque sea fuera de la infancia (LYOTARD, 1987, p. 126)

La relectura de la experiencia infantil como la experiencia primaria de existir que no siempre esta vinculada a los primeros años de vida, supone pensarla en términos de un encuentro y una relación medial que significa el tránsito de una forma de estar-ahí hacia la construcción y definición de modos diferentes de habitar el mundo. Esa mirada abre la posibilidad de un modo de vida que se reconozca en construcción y por lo tanto por fuera de identidades fijas. Una forma de estar-en-el-mundo y en relación con otros mundos también en construcción y actualización: nuevas formas de relación entre mundos que se reconocen conectados e interdependientes.

Como animales expuestos a una condición de infancia a lo largo de la existencia, los humanos somos sujetos de experiencias infantiles que no permanecemos en ellas, ni en los primeros años de vida ni en los siguientes. La condición humana es la de un viviente que pasa en algunos momentos por experiencias infantiles que redefinen sus formas de relación con aquellos que comparte un mismo espacio y con aquellos que llegan a co-habitar esos espacios. Siendo los únicos animales capaces de mundo, los humanos tenemos la posibilidad de reconocernos y actuar como seres abiertos a la construcción

generacional y epocal de mundos coexistentes y en actualización permanente. Habitantes de redondeces con espesor interior pero abiertas, seres humanos en la medida en que conseguimos convertirnos en tales. Habitantes formadores de esferas (creaciones espaciales), pequeñas y grandes contenedoras de seres humanos, seres que erigimos mundos redondos con horizontes marcados por esas redondeces (SLOTERDIJK, 2014).

Referencias

AGAMBEN, G. *Infancia e historia*. Traducción por: Silvio Mattoni. 3. ed. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2004.

_____. *Lo abierto*. Traducción por: Flavia Costa y Edgardo Castro. 2 ed. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2007.

ARENDT, H. La crisis en la educación. In: _____. *Entre el pasado y el futuro*. Ocho ejercicios sobre la reflexión política. Traducción por: Ana Poljak. 5. Ed. Barcelona: Península, 1996, p.p. 185-208. Disponible en: <<http://www.inau.gub.uy/biblioteca/Arendt%20crisis%20educacion.pdf>>

FREUD, S. El horror al incesto. In: _____. *Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*. Obras completas. Tomo XIII. Traducción por: José L. Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu, 1991[1912-1913]. p. 11-26.

GAGNEBIN, J. M. A criança no liminar do labirinto. In: _____. *História e Narração em Walter Benjamin*. São Paulo: Perspectiva, 1997. p. 73-92.

LAURET, Pierre. Uma inquietação a respeito da educação das crianças. Jean-François Lyotard crítico da doutrina humanista da educação. In: BORBA, Siomara; KOHAN, Walter (Orgs.). *Filosofia, aprendizagem, experiência*. Belo Horizonte: Autêntica, 2008. p. 209-222.

LYOTARD, J.F. *O pós-moderno explicado às crianças: correspondência, 1982-1985*. Traducción por: Tereza Coelho. Lisboa: Dom Quixote, 1987.

PAGNI, P. Infância. In: CARVALHO, Adalberto Dias de. (Org.). *Dicionário de Filosofia da Educação*. Porto: Porto, 2006. p. 212-220.

RODRÍGUEZ, P. Indivduar. De cristales, esponjas y afectos. In: SIMONDON, G. *La individuación*. Traducción de Pablo Ires. Buenos Aires: La Cebra, Cactus, 2009. p. 11-19.

SANFRANSKI, R. Prólogo. In: SLOTERDIJK, P. *Esferas I*. Traducción por: Isidoro Reguera. Madrid: Siruela, 2014. p. 13-24.

SIMONDON, G. *La individuación*. Traducción de Pablo Ires. Buenos Aires: La Cebra, Cactus, 2009.

SLOTERDIJK, P. La domesticación del ser. In: _____. *Sin Salvación. Tras las huellas de Heidegger*. Traducción por: Joaquín Chamorro Mielke. Madrid: Akal, 2011, p. 93-152.

SLOTERDIJK, P. *Esferas I*. Traducción por: Isidoro Reguera. Madrid: Siruela, 2014.

Recibido en: 15.05.2016

Aprobado en: 12.06.2016